

KIPLING, QUIROGA Y LOS CUENTOS DE ANIMALES

Quiroga fue un gran admirador del escritor inglés Rudyard Kipling. En sus escritos sobre temas literarios, lo menciona siempre junto a Poe y Maupassant como uno de sus maestros en el difícil género del cuento. Su admiración por él no es un hecho aislado. Kipling fue uno de los escritores más admirados a principios de siglo, no sólo en el mundo angloparlante, sino también en Hispanoamérica. Su fama culminó con la concesión del Premio Nobel de Literatura en 1907, para declinar luego muy rápidamente a partir de la Primera Guerra Mundial.

¿Qué veían los hispanoamericanos en Kipling para que les despertara tanta admiración? El chileno Augusto D'Halmar, contemporáneo de Quiroga, le dedica una semblanza en su galería de veintiún escritores predilectos. (También figuran allí Poe y Maupassant). D'Halmar destaca el exotismo de Kipling; su capacidad para recrear el mundo lejano y misterioso de la India, y dentro de este mundo, la fascinante naturaleza de la jungla y los animales que la habitan. D'Halmar también ve a Kipling como portavoz de todo el Imperio Británico y, por último, como el autor de incomparables historias sobre los niños y para los niños.¹

La visión que tenía Quiroga del escritor inglés, debió ser muy parecida; aunque a él sobre todo le interesan su maestría en el arte del cuento y su imagen como tipo humano que supo combinar la literatura y la acción. En una de sus últimas cartas, Quiroga confiesa a su amigo Julio H. Payró lo siguiente:

...Kipling-Maupassant-Poe. Sin género de duda provengo de estos hombres, pero mucho más del primero... También como Kipling, creo que el hombre de acción ocupa en mí un lugar tan importante como el escritor. En Kipling la acción fue política y turística. En mí, de pioner agrícola.²

La influencia de Kipling en Quiroga es considerable y él mismo estaba dispuesto a considerarse como discípulo suyo. Pero esta influencia se manifiesta, sobre todo, en su segunda etapa de escritor, posterior a sus primeras experiencias en el Chaco y Misiones. Quiroga ya ha madurado como cuentista y como ser humano y sus relatos están lejos de ser imitaciones de otros cuentos, como ocurre a veces en su producción inicial.

¹ Augusto D'Halmar, *Rudyard Kipling o el exotismo en Inglaterra*. En: *Los 21*, Santiago de Chile, Ed. Nascimento, 1969, p. 219-227.

² Citado por Hanne Gabriele Reck en su libro *Horacio Quiroga*, México, Ed. De Andrea, 1966, p. 59.

Casi todos los que se han ocupado de la obra de Quiroga señalan que la principal influencia de Kipling en él se manifiesta en sus cuentos de animales, especialmente en *Anaconda* y los *Cuentos de la selva*. Sin descartar la posibilidad, casi inexplorada, de una posible influencia en otros tipos de cuentos --como *El simún*-- creo que un examen, necesariamente somero en este caso, de los cuentos de animales de ambos cuentistas, demostraría unas diferencias muy notables, pese a las evidentes semejanzas superficiales. Estas diferencias se manifiestan, incluso, a nivel ideológico e implican visiones distintas de las relaciones sociales y de la relación entre el hombre y la naturaleza. También implican una visión distinta del público infantil a quien van dirigidos buena parte de estos cuentos.

Kipling escribió dos colecciones diversas de relatos de animales: *Just So Stories* (1902) y *The Jungle Books* (1894-95).

Just So Stories constituye una colección de cuentos y fábulas para niños de cuatro a ocho años. Los relatos son generalmente breves y sencillos. Los animales hablan y más que personificados, aparecen aniñados, puesto que su comportamiento es reflejo del comportamiento infantil que el autor imagina. Abundan en estas historias los elementos maravillosos y con mucha frecuencia se recurre a la magia para resolver las situaciones planteadas. No se manifiesta un esfuerzo real de captar la conducta propia del animal. Con mucha frecuencia, el hombre aparece como personaje importante y, aunque en el plano de la ficción pertenece al mismo mundo y se comunica en forma natural con los animales, el autor subraya continuamente su innata superioridad sobre el animal por su inteligencia y, sobre todo, su astucia.

La actitud que asume Kipling frente a sus lectores es, para nuestra sensibilidad actual, excesivamente paternalista y aniñada. Abundan los juegos de palabras y las repeticiones constantes de ciertas fórmulas lingüísticas que el niño debe recordar. Los cuentos vienen acompañados de ilustraciones del propio autor, con sus respectivas explicaciones, y de breves poemas colocados al final de cada relato para reforzar los valores y las ideas que el cuento ilustra. La superioridad intelectual del autor adulto frente al niño se ostenta continuamente, quizás como un medio de afianzar su autoridad. Hasta se percibe un tono sutil de burla y jugueteo, evidenciado por el uso deliberado de términos difíciles y observaciones al margen que el niño no entiende. Con frecuencia, se le toma el pelo al niño, sobre todo cuando se incluyen detalles innecesarios en la explicación de los dibujos.

Los ambientes en que se desarrollan los cuentos son imprecisos, la geografía es muy dispersa --el mar, las selvas amazónicas, los desiertos de Africa y Australia-- y en la mayoría de los casos la acción se ubica en el tiempo remoto de los orígenes de la creación. Muchos de los relatos son explicaciones pseudomíticas de rasgos peculiares de la conducta o la constitución física de los animales: por qué la ballena tiene la garganta en forma de criba, por qué el camello tiene joroba, por qué el rinoceronte tiene la piel arrugada, cómo surgieron los primeros armadillos, por qué el leopardo tiene manchas. Quiroga escribió muy pocos cuentos de este tipo --*Las medias de los flamencos* es uno de ellos-- y hasta hay buenas razones para suponer que no eran de su agrado.

Más afines a sus propios gustos --aunque tampoco del todo-- deben haber sido las historias de la otra colección de Kipling: *The Jungle Books*. Se trata en este

caso de historias más extensas, escritas más bien para un público adulto o adolescente. Salvo unas cuantas excepciones, todos estos relatos tienen como figura central a Mowgli, un cachorro de hombre, criado por los lobos, que aprende todos los secretos de la selva. La naturaleza aquí es precisa y localizable. Los cuentos se desarrollan en la jungla hindú. Los animales están caracterizados psicológicamente de una manera muy humana: el jacal es el hostigador malicioso; los monos son anarquistas irresponsables; la serpiente es orgullosa y vengativa; el oso es sabio y pacífico; la pantera es taimada, serena y poderosa; el tigre es un villano torpe y sanguinario.

Una lectura ideológica de estos cuentos deberá partir de una serie de supuestos previos que se derivan de los propios relatos y de los datos que conocemos acerca de Kipling y su ubicación histórica. Kipling escribe, no para cualquier público, sino para el público inglés. De hecho, todo el que se ha ocupado de su obra sabe que él es uno de los principales portavoces y defensores del imperialismo británico en su momento de mayor auge y tensión expansiva. Por otro lado, como en todo fabulista, su mundo animal es un disfraz casi transparente que él coloca sobre el mundo de los hombres. Pero dentro de este mundo animal existe también el Hombre, lo cual nos obliga a establecer una distinción. Los animales son hombres también, pero de otro tipo: son hombres inferiores. O mejor --aunque equivale a lo mismo-- en el mundo animal de Kipling existen dos categorías de seres que coexisten: unos inferiores -los animales- y otros superiores -los hombres-. (También, entre la fauna existen jerarquías, pero son menos esenciales.) De hecho, el concepto de una sociedad rigurosamente jerarquizada, donde cada uno ocupa el lugar que le corresponde por su "naturaleza", es una de las piedras angulares de la ideología socio-política que reflejan estos cuentos de Kipling. Dentro de este sistema, el Hombre es el ser superior, el amo, y los que intentan desviarse del papel que les está asignado, son castigados duramente. En *How the Whale Got his Throat* (Cómo la ballena adquirió su garganta), la ballena no respeta la categoría superior del Hombre y se traga a un naufrago; inglés, por más señas y "a-man-of-infinite-resource-and-sagacity". El naufrago le hace la vida imposible, la obliga a llevarlo hasta Inglaterra y como castigo le coloca la balsa a manera de criba en la garganta para que no pueda tragar peces grandes. En *How the Camel Got his Hump*, se narra cómo, en los comienzos de la creación, el perro, el caballo y el buey trabajaban para el Hombre, mientras que el camello se negaba a trabajar para él. Los demás animales protestan y el Hombre recurre al Mago de Todos los Desiertos, quien obliga a trabajar al camello y le coloca, como castigo, una joroba en la espalda para que pueda cargar agua, lo cual le permitirá trabajar durante tres días seguidos y alcanzar a los demás. El Hombre, por supuesto, sólo da órdenes; no trabaja. En *The Crab that Played With the Sea*, la idea está ilustrada en forma aún más clara. El Mago Más Antiguo le asigna su lugar a todos los animales, excepto al Hombre, a quien considera demasiado sabio para obedecer. El Hombre, por su parte, le exige al Mago que todos los animales le obedezcan. Un cangrejo escapa, casi sin ser notado, y decide aislarse en el fondo del mar para no tener que obedecer al Hombre. El cangrejo crece y se convierte en un ser gigantesco cuyos movimientos alteran desmesuradamente las mareas. El Hombre y el Mago lo buscan y cuando lo encuentran queda reducido, como

castigo, a su tamaño normal.

En estas fábulas se castiga consistentemente todo aquel que atenta contra el orden "natural", que en este caso es el régimen social y el régimen de trabajo, y se premia a aquellos que aceptan su lugar, eternamente establecido, para beneficio de los seres "superiores" por "poderes sobrenaturales". La historia *The Cat Who Walked by Himself*, la cual trata el tema de la domesticación de los animales, es buen ejemplo de ello. En *Just So Stories* se incluye también un cuento, *The Butterfly that Stamped*, donde se reafirma y se justifica el principio de que la mujer debe estar subordinada al hombre.

En estas "inocentes" fábulas de animales existe, pues, como mensaje oculto (a veces no muy oculto) toda una serie de afirmaciones ideológicas que el niño va internalizando. Por supuesto, el niño aprende a no identificarse con la tonta ballena, el camello haragán o el cangrejo rebelde. Se identifica con el Hombre, el ser superior y paradigmático.

Muchas otras consideraciones pueden derivarse de estos cuentos. Los animales y el hombre viven en un mundo altamente competitivo y conflictivo donde lo que predomina es la violencia, la agresividad, la desconfianza y el individualismo. Las dotes personales que más se valoran son la fuerza, el poder y la astucia. Los animales se comen los unos a los otros, luchan a muerte y sienten la necesidad imperiosa de vengarse. Cuando lo logran, disfrutan sádicamente del dolor del enemigo. Para obtener protección y otros beneficios materiales, algunos -como el caballo, el perro y la vaca- se acercan al Hombre y establecen con él una serie de pactos mediante los cuales ceden su fuerza de trabajo. Estos pactos se expresan, significativamente, mediante una terminología de índole comercial.

En el caso de *Los libros de la selva* (*The Jungle Books*), donde las historias son más complejas y elaboradas, podemos derivar toda una teoría sociopolítica del comportamiento del mundo animal que preside Mowgli, cachorro de hombre, como amo y señor de la selva.

Kipling ve la sociedad como un precario balance entre fuerzas hostiles que compiten entre sí. De ahí la necesidad de establecer un orden moral y legal que él identifica con lo que llama la Ley de la Selva. Esta ley debe ser respetada por todos, puesto que el no respetarla implicaría sufrir consecuencias funestas a largo plazo. Una de las normas principales, por ejemplo, es no matar a los hombres, puesto que la muerte de un hombre implica terribles represalias. La Ley de la Selva consiste de todas aquellas reglas de conducta que restringen el egoísmo natural de cada cual para, de alguna manera, mantener cierta cohesión social. El orden, sea cual sea, es preferible siempre al caos y la anarquía. No hay motivaciones altruistas detrás de la Ley, aunque a veces parezca que sí. Cuando se produce una terrible sequía y se establece una tregua general para que todos puedan ir a beber sin peligro al río, el narrador explica que es más necesario el beber que el comer y, por lo tanto, los mismo cazadores carnívoros se quedarían sin sus presas si todos murieran de sed por temor a beber en el río.

La Ley se impone por la fuerza y el temor. El miedo es una eficaz arma política que es necesario utilizar. El Hombre se llama precisamente "Miedo" entre los animales, según uno de los cuentos más reveladores: *How Fear Came*. Por eso es el amo de la selva. La aspiración de todos es precisamente llegar a ser temido y

admirado, porque esto significa ser poderoso.

De esta manera, el respeto a la Ley, el respeto a la autoridad, el respeto a las jerarquías, la lealtad al grupo cerrado al cual se pertenece y la necesidad de obediencia, se convierten en los fundamentos de la conducta "correcta" en este mundo de animales. Así lo demuestra el código de los lobos que el propio Kipling inventa y transcribe.³ No creo que sea muy aventurado relacionar este código de conducta con la condición social de Kipling, representante de la burguesía colonial inglesa en la India, miembro de una pequeña clase dominante de origen extranjero que se cree superior y que considera que tiene una misión "civilizadora" que cumplir, en un país dividido en grupos y castas en conflicto entre sí y frente a los invasores ingleses.

La situación de Quiroga es distinta. Su vida y su obra caen bajo el signo de la ambigüedad, tan característica de los autores hispanoamericanos de principios de siglo. Esta ambigüedad se refleja en sus cuentos de animales y no nos permite establecer una clara sistematización ideológica, como sucede en el caso de Kipling. Su obra es más compleja y no hay en él la seguridad de convicción que encontramos en el escritor inglés.

Como manifestación de esa ambigüedad, en Quiroga encontramos una mayor variedad de cuentos de animales que en Kipling. Mercedes Ramírez de Rosiello sugiere una posible clasificación de acuerdo al papel que ellos juegan en el relato:⁴

1. el animal como elemento desencadenante de la acción: *A la deriva*
2. el animal como co-protagonista con el hombre: *La insolación, El paso del Yabebirí*
3. el animal como protagonista exclusivo (yo diría casi exclusivo): *Anaconda, El regreso de Anaconda*
4. el animal en relatos de naturaleza parabólica: *Juan Darién, El León*

Esta clasificación rebasa otras posibles distinciones: cuentos para niños y cuentos para adultos; cuentos donde el animal se comunica oralmente con el hombre y cuentos donde el mundo animal y el humano aparecen separados. También habría que añadir una quinta categoría a las propuestas por Mercedes Ramírez: el animal como punto de vista, como perspectiva frente al mundo civilizado del hombre y a su supuesta superioridad. A través de estos últimos cuentos, y de relatos parabólicos como *El León* y *Juan Darién*, podemos llegar a una diferencia esencial entre Kipling y Quiroga. El escritor uruguayo, que osciló entre una vida de dandy en Montevideo y una vida de solitario habitante de la selva misionera, no está tan seguro de la superioridad del hombre civilizado frente a la vida natural y frente al animal. No existe en Quiroga ningún personaje como Mowgli, amo de la selva, porque para él el hombre, pese a su inteligencia, no es el amo; es un ser que convive y que, al igual que los demás, intenta sobrevivir en medio de un mundo no hostil, sino más bien difícil. Creo que la visión más auténticamente quirogiana de la relación entre hombre y animal es la que se presenta en relatos como *Los cazadores de ratas*. Con su característica impresión de impasi-

³ Rudyard Kipling, *The Law of the Jungle*. En: *The Jungle Books*, New York, Airmont Publishing Co., 1966, p. 169-171.

⁴ Mercedes Ramírez de Rosiello, *Prólogo*. En Horacio Quiroga, *De la vida de nuestros animales*, Montevideo, Ed. Arca, 1967, p. 14.

bilidad Quiroga narra cómo una pareja de colonos se establece con su niño en territorio selvático, mientras los observa una pareja de víboras de cascabel. Las víboras acuden por curiosidad y encuentran un rancho donde abundan las ratas. Visitan el rancho para cazarlas, siempre temerosas del hombre. Un día, el colono sorprende a las víboras y mata a una de ellas. En otra ocasión, el niño de la pareja de colonos sorprende a la otra víbora y ella lo mata. La muerte del niño no se presenta como un acto cruel de venganza, sino de defensa. Es, en realidad, un acontecimiento fortuito y natural, dadas las circunstancias. No hay culpa, ni castigo. Entre el hombre y el animal existe una barrera infranqueable, pero también existe una identidad profunda. Ambos tienen el mismo derecho a vivir y a matar para defenderse. El narrador -impasible siempre- no muestra especial simpatía ni por el hombre, ni por el animal. En todo caso, se trasluce una actitud de comprensión hacia ambos. La identidad entre el hombre y el animal se refuerza mediante la perspectiva de la víbora, a través de quien se nos narra el relato, y mediante un rasgo estilístico: la animalización del niño, que es un "osezno rubio"⁵ que camina con "marcha de pato".⁶

Para Quiroga, la relación ideal entre el hombre y el animal debe ser de armonía y mutua colaboración. Es lo que observamos en la mayor parte de su *Cuentos de la selva*. La amistad, la colaboración, la lealtad y el agradecimiento son los valores que se destacan en *La tortuga gigante*, *La gama ciega* y *El paso del Yabebirí*. No se trata, como en el caso de Kipling, de una colaboración obligatoria y calculada, sino de un sentimiento genuino de solidaridad. Tampoco es fidelidad y obediencia al amo. El hombre no es el amo, sino el amigo y se le defiende por ser amigo. El hombre, a su vez, es compasivo, aún el cazador. No cree en la destrucción inútil de la naturaleza.

Pero, como hemos señalado antes, la posición de Quiroga es ambivalente y encontramos, en la misma colección, algunos cuentos que se acercan a las concepciones ideológicas de Kipling. En *El loro pelado* se exalta la domesticación del animal, desaparece el sentido de la compasión y todos celebran cómo el loro saborea la venganza sobre el tigre burlándose de él, aún después de muerto. En *El alambre de púas* se refuerza la docilidad de los caballos y se sofoca su deseo de libertad, poniendo como ejemplo aleccionador la terrible muerte del toro que se desangra después de cruzar los alambres inteligentemente dispuestos por el hombre para matarlo. *Las medias de los flamencos* es otro cuento semejante a los de Kipling, donde predomina el dolor, la violencia y la burla cruel de aquellos -en este caso los flamencos- que muestran algún rasgo de torpeza e inferioridad.

Hay otros cuentos que, aunque en su forma externa de fábula recuerdan a los de Kipling, cobran un sentido distinto. *La abeja haragana* es un buen ejemplo. Al igual que en el relato que ha hemos comentado sobre la joroba del camello, el narrador condena la haraganería con evidente sentido didáctico; pero contrario al relato de Kipling se exalta la dimensión comunitaria del trabajo y no la idea de que se debe trabajar para beneficio de un amo. El discurso final de la abeja, que

⁵ Horacio Quiroga, *Los cazadores de ratas*. En: *El salvaje y otros cuentos*, Buenos Aires, Ed. Losada, 1963, p. 36.

⁶ Loc. cit.

encierra la moraleja, refuerza claramente esta concepción del trabajo como deber comunitario:

Trabajen, compañeras, pensando que el fin a que tienden nuestros esfuerzos -la felicidad de todos- es muy superior a la fatiga de cada uno. A esto los hombres llaman ideal, y tienen razón. No hay otra filosofía en la vida de un hombre y de una abeja.⁷

Existen muchas otras diferencias significativas entre los cuentos de Quiroga y los de Kipling. En algunos de ellos, como *La guerra de los yacarés*, Quiroga se sitúa, incluso, al lado de los animales en su lucha contra el hombre para impedir su dominio, aunque el final del relato resulta ambiguo. Lo mismo puede decirse de los dos relatos que protagoniza la serpiente Anaconda.

En general, el autor uruguayo utiliza un enfoque mucho más realista y manifiesta una mayor voluntad de basar sus relatos en la conducta real del animal. Sus cuentos no son productos sólo de su imaginación, sino que abundan en ellos los datos adquiridos mediante el estudio y la observación directa. Uno de sus propósitos didácticos, ausente en Kipling, es, precisamente informar al niño sobre la conducta y la naturaleza verdadera de los animales. Este propósito es muy evidente en la serie *El hombre frente a las fieras* que protagoniza el cazador Dum-Dum, pero también está presente en los *Cuentos de la selva*. Otro rasgo, vinculado al anterior, es la exacta localización de sus relatos de animales. Siempre se desarrollan en lugares que el autor conoce bien, como el Chaco y Misiones, y nunca en lugares imaginarios.

Cabe destacar también una actitud diferente frente al niño. Quiroga respeta a su público infantil y nunca trata de tomarle el pelo. Tampoco subestima su capacidad de comprensión, aunque trata de superar sus limitaciones lingüísticas simplificando el lenguaje. Hay un tono cordial en sus cuentos que no se encuentra en los añejados cuentos de Kipling y lo que él mismo afirma sobre la serie del cazador Dum-Dum puede decirse también de todos sus relatos para niños: "Quien escribió estas cartas fue un padre: y las escribió a sus dos hijitos, en el mismo lenguaje y en el mismo estilo que si hablara directamente con ellos."⁸

En conclusión, la mayor parte de los cuentos de animales de Quiroga no provienen principalmente de la influencia de Kipling, a quien sin duda admiró como artífice consumado del género. De él quizás provenga la idea general de escribir cuentos donde intervinieran animales; pero la variedad que se observa en el tratamiento de los mismos, la visión más compleja y profunda del mundo animal y su relación con el hombre, la actitud ambivalente y problemática que asume en ellos y la diversidad de contenidos ideológicos, demuestran que se apartó bastante de su modelo inicial. Además, Quiroga no se siente portavoz de nadie en particular, ni se ve a sí mismo primordialmente como "agente civilizador". Quiroga fue un solitario, un francotirador, y sus cuentos de la naturaleza

⁷ Horacio Quiroga, *La abeja haragana*. En: *Cuentos de la selva*, 9 ed., Buenos Aires, Ed. Losada, 1965, p. 119-120.

⁸ Horacio Quiroga, *El hombre frente a las fieras*. En: *De la vida de nuestros animales*, Montevideo, Ed. Arca, 1967, p. 20.

surgen en buena medida del contacto directo -la experiencia, como diría Noé Jitrik-⁹ con la naturaleza misma; una naturaleza que no está vista como algo distanciado, lejano y exótico, sino como algo que se conoce porque está estrechamente ligado a la propia existencia.

Ramón Luis Acevedo
Universidad de Puerto Rico